

de la ley. Desde Robespierre, la corrupción de los incorruptibles ha sido una constante de los regímenes republicanos, que bien podría dar forma a una historia del ocaso populista de las democracias. El populismo es, en buena medida, una corrupción de la democracia, así como el crimen organizado es una corrupción del capitalismo. Siempre y cuando esos dos males no se junten en un mismo gobierno, la democracia está a salvo. —

32

RAFAEL ROJAS es historiador y ensayista. Taurus publicó el año pasado *La polis literaria. El boom, la Revolución y otras polémicas de la Guerra Fria*.

LOS DETECTIVES CONTABLES

LUIS RESÉNDIZ

En *El último lector*, Ricardo Piglia distingue entre dos detectives de la ficción. El primero sería el detective clásico, que nace como un lector con el Auguste Dupin de Poe y continúa leyendo los misterios de forma casi literal, como el Sherlock

Holmes que descifra el código que ocultaban los dibujos de unos bailarines a partir de un análisis entre lingüístico y criptológico. “En la transformación norteamericana del género”, continúa Piglia, “el hombre de acción parece haber borrado por completo la figura del lector”. Se refiere, por supuesto, a gente como Raymond Chandler o Dashiell Hammett.

Alguien —yo, por ejemplo— podría argumentar que ambos tipos de detectives son producto de una visión romántica y hasta ingenua del quehacer detectivesco. Aunque investigó y hasta ayudó a resolver casos reales, Conan Doyle no fue un detective sino un médico y escritor acomodado que trabajaba desde casa; Edgar Allan Poe se inclinó más por el trabajo en escritorios con botella de *bourbon* que por la labor de investigador, y hasta Dashiell Hammett, el arquetípico novelista detectivesco, fue un manipulador experto que maquilló su biografía para parecer más detective de lo que en realidad fue. Hasta Chandler era un simple ejecutivo petrolero antes de quedarse sin chamba a los 44 años y dedicarse a escribir las mismas novelas baratas que leía mientras recorría

el país en hoteles de paso. Es probable que jamás conociera nada siquiera parecido a una investigación.

No es extraño, pues, que esas novelas —estupendas como son— presentaran una visión masculina del mundo, donde las mujeres a menudo encarnan el mal y la corrupción y donde el hombre de bien se erige como un asalariado héroe incorruptible que está dispuesto a romper cualquier norma a fin de hacer cumplir la norma. No es extraño, tampoco, que estuvieran muy alejadas de las auténticas investigaciones que desbaratan circuitos de corrupción. Es conocido el hecho, por ejemplo, de que a Alphonse Capone no se le sentenció a prisión por asesinato o conspiración criminal sino por evasión de impuestos —el mismo año en que Hammett publicó dos relatos de Sam Spade y un año antes de que Raymond Chandler comenzara su carrera como escritor policiaco—. Sin embargo, si uno mira la película de Brian De Palma sobre el caso, *Los intocables*, le quedará la sensación de que la condena fue producto del trabajo policial de balazos y madrazos más que de una extensiva operación encubierta de escucha y una minuciosa revisión de declaraciones de impuestos.

La idea, pues, permea y persiste aún pese a su desconexión con la realidad. Pasadas por el filtro de los *reality shows* como *Cops*, la mano dura y la escasa consideración con los derechos humanos se presentan como una opción no solo efectiva sino atractiva. Entre los detectives que hacen cumplir la ley trabajando al margen de la ley —desde las creaciones de Chandler hasta las de Clint Eastwood— y los policías de la televisión que cumplen la ley rompiéndola —pensemos en *La ley y el orden: Unidad de Víctimas Especiales* o, bueno, casi cualquier *procedural* policiaco—, la idea de que la corrupción y el crimen se combaten mejor con mano dura se encuentra bastante extendida. (Uno puede recordar a Jaime Rodríguez proponiendo cortarles la mano a los delincuentes y recibiendo algunas preocupantes muestras de apoyo, entre varias otras penosas demostraciones de la política nacional.)

No obstante, esa es la historia como la ha contado la ficción. El estante de lo periodístico tiene otra versión de los hechos. Una vez ahí, despojada de la fascinación casi adolescente con la fuerza bruta y la maldad femenina, el trabajo detectivesco efectivo —el que hace renunciar a presidentes, mete a la cárcel a ejecutivos de la FIFA y hace que los exgobernadores teman aparecer en público— se revela no tan lejano al de un minucioso contador o infatigable periodista dispuesto a leer gigantescas fojas de cabo a rabo y a cuadrar cuentas en pesados archivos de Excel, todo con tal de desentrañar la red de la corrupción. Carl Bernstein y Bob Woodward, por ejemplo, comenzaron a desbaratar el gobierno de Richard Nixon con una investigación minuciosa y extensiva que incluyó como una de sus piezas centrales una entrevista con Judy Hoback Miller, contadora de la campaña de

reelección de Nixon que les confesó las maniobras sucias del presidente. No hay nada más lejano del detective del *bard boiled* que un periodista que, como Bob Woodward, toma cursos de Shakespeare.

Si uno lee *La estafa maestra*, el libro de Nayeli Roldán, Miriam Castillo y Manuel Ureste que detalló y destapó el escándalo que involucró a varias universidades públicas mexicanas, encontrará la siguiente frase en el prólogo de Daniel Moreno: “Es probable que uno de los peores empleos que se pueden conseguir en el sector público sea el de auditor superior de la Federación.” El texto emparenta al periodista —que documenta actos de corrupción sin ver consecuencias, pese a contar con múltiples pruebas— y al auditor —que conoce el acto de corrupción pero no puede hacer mucho para denunciarlo, pese a haber revisado cuentas y facturas durante meses—. Una noción similar aparece en *Tarjeta roja. El fraude más grande en la historia del deporte*, el libro de Ken Bensinger que revela el funcionamiento del sistema de corrupción de la FIFA de Chuck Blazer; el autor se emparenta —casi sin quererlo— con Steve Berryman, el agente responsable de iniciar la investigación: ambos son descritos en más de una ocasión mientras navegan en medio de un torrente de documentos legales y declaraciones fiscales, “miles de páginas”, según ellos mismos.

Estos detectives son también infatigables: Ronan Farrow, el encargado de destapar el historial de hostigamiento sexual de Harvey Weinstein y Les Moonves, ha admitido trabajar jornadas de dieciocho horas. Esta versión del detective, menos glamurosa, ha tenido también algunas representaciones cinematográficas, además de la de Robert Redford y Dustin Hoffman en *Todos los hombres del presidente* como Bob Woodward y Carl Bernstein: en *El lobo de Wall Street*, de Martin Scorsese, el agente del FBI Patrick Denham, encargado de vadear entre las finanzas fraudulentas de Jordan Belfort, habla del sudoroso trayecto de regreso a casa en metro mientras viste el mismo traje por tercer día consecutivo.

No hay culpa, por supuesto, en ninguna de las representaciones, ficticias o auténticas. Cada una es producto de su tiempo y sus circunstancias y sus inherentes desigualdades, y la comprensión cabal de cada obra deberá pasar por una necesaria contextualización. Los detectives idealistas y los detectives duros no son contraposiciones de los detectives reales, sino parte de una misma genealogía: como ya avizoraba Ricardo Piglia en aquel ensayo, todos los detectives son lectores atentos. Desde el incipiente detective decimonónico que rayaba papeles con grafito para encontrar letras hasta el detective contemporáneo que lee miles de páginas para encontrar las conexiones de la corrupción, pasando por el detective de novela negra que leía las relaciones sociales de la misma forma que las novelas *pulp*, la columna vertebral de la literatura policiaca —y del combate a la corrupción— parece

cimentarse no tanto en la capacidad de golpear hasta la intimidación a un testigo, sino en la capacidad de los investigadores de concentrar la mirada y escrutar el texto.

“El relato policial se estructura sobre el misterio de la riqueza”, escribe Piglia. “O mejor, de la corrupción, de la relación entre dinero y poder”, precisa. En el mundo real, son los contadores, los periodistas y los empleados honestos de la oficina de impuestos los que acometen la interminable misión de leer al mundo hasta develar sus tramas secretas. —

LUIS RESÉNDIZ es crítico de cine y ensayista. Debolsillo publicó este año *Cinédoque*, una colección de ensayos cinéfilos.

NI LEY NI ORDEN

IVÁN FARÍAS

Los primeros ejemplos del género policiaco se alimentaban no de la corrupción de la policía sino de su ineficiencia. Las historias protagonizadas por Sherlock Holmes, por ejemplo, se burlan en buena medida de la incapacidad y los métodos deductivos de Scotland Yard. El llorón y torpe inspector Lestrade representaba la lentitud y pocas luces de un servidor público que tenía que doblar las manos frente al investigador privado. Con el endurecimiento del género en Estados Unidos, la policía se convirtió más en parte del problema de la corrupción que de su remedio. Hay por lo menos tres obras maestras del género que ilustran bien ese papel.

1. Como explica Ricardo Piglia, en las primeras historias detectivescas el mal estaba representado siempre por el *otro*: “El primer sospechoso es el otro social, aquel que pertenece a la minoría que rodea al mundo blanco, dentro del cual se están desarrollando las versiones paranoicas de lo que se supone es la amenaza.”

Dashiell Hammett sabía que no existía ese otro, sino un nosotros. Que policía, gobierno, millonarios y pueblo llano estaban metidos hasta las narices en la podredumbre. En palabras del periodista Allen Barra: “En el mundo real, como sabemos, la responsabilidad del crimen se extiende tan lejos en la sociedad que nadie está libre de culpa. No existe ningún final nítido que nos haga sentir que el bien ha triunfado sobre el mal.”